

Aproximadamente

Cuántos tópicos, prejuicios, buenas intenciones con perjudiciales consecuencias rodean el mundo del niño y la lectura. En conversaciones y artículos nos hallamos con una serie de juicios o valores aceptados como verdaderos que tienden a ocultar, de forma consciente o no, una compleja realidad. Planteamos la sección Pido la palabra como una tribuna en la cual los especialistas tienen la posibilidad de cuestionar estos lugares comunes. En esta ocasión reproducimos un texto de Jacques Roubaud incluido en su magnífico ensayo: Poesía, etcétera: puesta a punto (Madrid: Hiperión, 1998. Trad. de José Luis del Castillo Jiménez, pp. 64-68).

Yo practico una singular disciplina artística, ni propiamente plástica, ni propiamente musical, si bien puede unas veces tener que ver con la música y otras implicar experiencias de orden visual y gráfico: se trata de la poesía, sector modesto y, reconozcámoslo, más bien desatendido en el mando contemporáneo, de las artes del lenguaje. Tal es el motivo por el que voy a traer aquí a colación una experiencia personal de encuentro entre un ejercitante de la poesía, yo mismo, y una clase de primaria de una escuela de París.

Hace algunos años, escribí un librito de poemas, destinado a un público de edad variable (en el que se incluían sobre todo niños), cuyo título era *Los animales de todo el mundo* (y que fue publicado en Francia por la editorial Seghers, con ilustraciones de Marie Borel y Jean Yves Cousseau).

Cada poema está dedicado a un animal más o menos familiar, más o menos conocido por todos, lirón, erizo, nutria, pato, elefante (rosa), abejorro, jirafa, caracol, empezando por el gato (pero con ausencia del perro).

Poco más tarde, cuando el libro había circulado ya por las librerías y llegado a algunas escuelas, recibí una carta de un joven de siete u ocho años, alumno de tercero de primaria, si muy mal no recuerdo, que comenzaba más o menos del siguiente modo:

“Hola Jacques Roubaud:

Me llamo Etienne y aprendo poesías tuyas en mi colegio. Nos hemos aprendido ya con la maestra: El poema del gato, el rinoceronte, los dinosaurios,

el carracol (una erre, tachada: respeto la ortografía de la carta. J. R.), la marmota y ya está.

Mi papá me dijo la semana pasada que había estado en un sitio donde tú recitabas poemas con tu amigo Pierre l’artigue (1) (también es amigo suyo). Yo creía que tú vivías en la época de Victor Hugo, y no me lo quería creer”.

Conque al joven Etienne se le había ocurrido un proyecto, cuando supo por su padre que yo era un poeta vivo, especie en vías de extinción, según es sabido, y que él creía ya eliminada de la superficie terrestre al igual que los dinosaurios y

los

© Fefe Talavera. Os *animais de todo mundo* de Jacques Roubaud. San Paulo: Cosacnaify, 2006

dodós (2). Su carta continuaba más o menos así: “Si estás (de veras) vivo (a pesar de la afirmación de su padre, guardaba al respecto una duda metódica que, como bien preceptúan las ciencias experimentales, sólo de una manera podía ser descartada: mediante la verificación del hecho), si estás pues vivo, me escribía Etienne L., ven a mi colegio. mi maestra, la señorita S., está de acuerdo. Te espero”.

Añadía la dirección de su colegio y, por lo que pudiera pasar, ya con una idea bastante pobre de las capacidades prácticas de los poetas, me indicaba que yo, al llegar al colegio, tenía que apretar un botón que permitiría abrir la puerta, a continuación tenía que cruzar el patio, subir dos pisos, tomar el pasillo de la izquierda (a no ser que se tratara del de la derecha, no recuerdo con precisión), llegar hasta la tercera aula y allí era.

Después de acordar con la maestra la fecha precisa de la cita, acudí al colegio de Etienne, respondí a las preguntas de las niñas y niños de la clase, leí los poemas que me solicitaban. Uno de esos poemas estaba dedicado a las palomas de París, género que no goza de mi estima. Indeciso, pregunté a los alumnos la razón por la que querían que leyera precisamente ese poema, a lo que un alumno, tras mirar un momento a la señorita S., respondió que “porque hay palabrotas”. En efecto, el poema, que leí con permiso de la maestra (totalmente excepcional, precisó ella), comenzaba así:

Las palomas que cagan en París
sus árboles sus coches y sus bancos
la limpieza se quedan aguardando
para llenar la Alcaldía de pis.

Durante nuestro encuentro, un poco más tarde, con ocasión de la lectura de otro poema, dedicado a la vaca (y que voy a reproducir aquí en su integridad), mantuve una muy interesante discusión de orden léxico y zoológico que va a servir de moraleja a esta pequeña experiencia de contacto entre las dos esferas, la esfera didáctica y esa otra, muy lejana, del irresponsable inventor de poesía.

La
vaca
es
un
animal
que
tiene
aproximadamente
cuatro
patas

que
bajan
hasta
el suelo.

Una vez leído el poema (se trata de un soneto), sentí que había algo en ese retrato del animal que molestaba a algunos de mis oyentes. Resultó ser la palabra “aproximadamente”. Charlamos algún tiempo (con ayuda de la señorita S.) acerca del sentido de tal palabra y, cuando todos lo tuvieron claro, se puso de manifiesto su total desaprobación: “¿Por qué dices ‘aproximadamente’?” me dijeron (no habían tardado ni un minuto en pasar al tuteo) “una vaca, ¡claro que tiene cuatro patas!”. “¿De veras?”, les respondí, “¿y cómo lo sabéis? ¿las habéis contado?”. Algunos las habían contado. Les dije que, como yo no había contado las patas de todas las vacas, no podía estar seguro del hecho de que todas tuviesen exactamente ese número de patas. Tal vez en algún sitio, en Saboya, por ejemplo, había alguna que tenía cinco patas, o tres. Les dije que las vacas eran animales grandes, que con frecuencia no era posible ver juntas todas sus patas y que, como consecuencia, era difícil contarlas; que por eso era, por prudencia, para no decir algo falso, por lo que había puesto “aproximadamente”. Ellos seguían sin estar de acuerdo: una vaca es una cosa que tiene cuatro patas, ¡punto y basta! Discutimos bastante rato sobre ese punto sin llegar a convencernos unos a otros. Al final, en vista de mi obstinación y de mi falta de rigor, se volvieron hacia la señorita S. y le dijeron: “Una vaca, ¿cuántas patas tiene?”. “Cuatro”, respondió la señorita S. “¡Ya lo ves!” me dijeron. ☒

Agradecemos a la editorial Hiperión habernos permitido reproducir este texto de J. Roubaud

Notas

- (1) *l'artigue*: expresión intraducible; reproduce un fallo ortográfico de un niño que cree ver un artículo en la sílaba inicial del apellido “Lartigue”; pero la palabra “artigue” no existe. (N. del T.)
- (2) Dodó: término por el que también es conocido el dronte, animal de las Islas Mauricio desaparecido en el siglo XVII. Diccionario enciclopédico Larousse. (N. del T.)

Jacques Roubaud

Poeta, ensayista, traductor y profesor universitario francés. Desde 1966 es miembro de OuLiPo (Taller de Literatura Potencial). Es presidente de la Asociación Georges Perec y fundó junto a Paul Braffort el ALAMO (Taller de Literatura asistida por la Matemática y los Ordenadores). Entre sus libros traducidos al español destacan *Algo negro* y *40 poemas*, ambos publicados por Hiperión.